



Lázaro Covadlo

Escritor. Autor de la novela
'Conversación con el monstruo'.

Esperanto

Este mes se cumplen 90 años del Congreso Universal Esperantista de Barcelona. Los primeros tiempos del esperanto eran tiempos esperanzados. Se avecinaban la primera gran guerra, la revolución bolchevique en Rusia y el nacimiento del fascismo, pero, ¿quién lo sabía?

El mundo estaba en plena *belle époque*. En Catalunya, 50 años atrás se habían restablecido los Jocs Florals. La figura de Jacint Verdaguer, pese a la hostilidad del clero más carpetovetónico, se revelaba como uno de los nombres de la *Renai-xença*. Todavía no habían nacido otros grandes de la poesía y la narrativa catalanas: pienso en Salvador Espríu y Manuel de Pedrolo, pero ese mismo año llegaba al mundo la mayor novelista catalana del siglo: me refiero a Mercè Rodoreda, claro está.

Sin embargo, Pompeu Fabra ya había hecho sus principales aportes lingüísticos al idioma de Ramon Llull, Ausiàs March y Joanot Martoreil (¿qué dirán

malloquines y valencianes?) y Prat de la Ribera, que antes había creado el Institut d'Estudis Catalans. También había editado *La nacionalitat catalana*. La pugna entre españoles y catalanistas, con sus múltiples variantes y lateralidades, ya hervía con fuerza aquel año de 1909.

Entonces caen los esperantistas y unos pocos (pocos, por cierto; y sobre todo anarquistas) creen que ahí está el remedio: hablemos todos esperanto. Para otros, la creación artificial de un idioma representaba concebir un monstruo de Frankenstein lingüístico: éramos pocos y parió la abuela.

El caso-polaco Zamenhof, que inventó el esperanto en 1887, no fue el primero en proponer un idioma internacional: Leibniz lo había precedido en el siglo XVII. Para algunos, una lengua así remediaría el caos que empezó con la torre de Babel. Yo no me lo creo, pero habría que ver qué dicen los del Foro Babel. Supongo que tampoco lo creerán.

ARCHIVO



El esperanto, ¿un Frankenstein lingüístico?